

NO SERÁS NADIE



.nowevolution.
EDITORIAL

Título: **No serás nadie.**

© 2014 - Alberto González Ortiz.

© Ilustración de portada: **David Alonso.**

© Diseño Gráfico: **Nouty.**

Colección: **Volution.**

Primera Edición Junio 2014.

Derechos exclusivos de la edición.

© **nowevolution** 2014

ISBN: 978-84-941790-9-9

Depósito Legal: GU-66-2014

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / **Web**

info@nowevolution.net / **Correo**

nowevolution.blogspot.com / **Blog**

[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**

[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolutioned) / **Facebook**

*Para mis abuelos.
¿Qué pensarían ellos sobre lo que hemos hecho con su legado?*

INTRODUCCIÓN

Con *El amargo despertar* leísteis a un Alberto demasiado implicado. Había lugares, actitudes y momentos en los que os ofrecí mucho de mí mismo, y eso me desgastó (algo que, por otra parte, también resultó gratificante). En *No serás nadie* me distancio. Empezó con una historia en la que el protagonista se despertaba siendo otra persona, sin más. He luchado por ella hasta este momento en el que pierdes el tiempo con este párrafo. Ojalá la disfrutes. Para mí ha sido un camino muy duro.

No serás nadie ha sido también un juego. Un juego que me ha retado durante meses. Veréis partes en primera, segunda y tercera persona. Veréis una amalgama de sueños entrecruzados. Un regalo final excitante.

Os dejo con todo ello. No os durmáis.

PRÓLOGO

Hace años, un buen amigo y lector asiduo me comentaba que lo que más le atraía de la Ciencia Ficción es la capacidad de inducirte a pensar y reflexionar sobre lo que estás leyendo. Esa misma característica se le antojaba como la más probable para que fuera un género con público fiel pero también minoritario en relación a otros, pues muchas personas cuando leen desean relajarse en lugar de preocuparse.

En mi opinión, uno de los subgéneros que más obliga a reflexionar y preocuparse por las posibilidades de futuros acontecimientos es justamente la Ciencia Ficción distópica.

El término distopía describe una sociedad indeseable, el opuesto a una utopía que reflejaría una sociedad perfecta en términos humanos. Normalmente la obras distópicas proyectan sociedades que son consecuencia de tendencias sociales, culturales o tecnológicas actuales y que evolucionan a situaciones totalmente nefastas. Suelen ser obras de advertencia, en ocasiones premonitorias, que extrapolan tendencias del hoy hasta situaciones deseables para unos pocos e indeseables par todos los demás.

Cuando mi amigo Alberto me envió el manuscrito de *No serás nadie* pidiéndome que escribiera estas líneas me sentí muy orgulloso de que me hubiera elegido, pero también me invadió un cierto desasosiego por la responsabilidad que ello conlleva, aunque tal cosa no me hizo dudar ni un instante, pues él y yo compartimos estilos literarios muy cercanos. *No serás nadie* es una novela distópica con todas las características del género aglutinadas por el buen hacer de Alberto. Nos presenta una sociedad futura donde el poder financiero ha invadido todos los resquicios de la sociedad y del individuo, donde ni siquiera los sueños y el descanso son ya propiedad de las personas siendo sustituidos por la forma definitiva del marketing y el mercantilismo. El autor es fiel a su estilo introduciéndonos en

la vida, pensamientos y sentimientos de un personaje que es totalmente transparente hacia el lector. Un protagonista que te conduce por la obra y con el cual vas descubriendo un mundo que infelizmente te resulta familiar, una realidad que casi puedes vislumbrar en el horizonte acercándose a nosotros a toda velocidad, pues en el mundo real observas como, poco a poco, personas sin escrúpulos ni empatía se dedican a construir a nuestras espaldas una sociedad cada vez más distorsionada usando nuestro sufrimiento como combustible para su odiosa maquinaria.

Muchos opinan que los autores que escribimos este tipo de literatura somos pesimistas, algunos creen que describimos realidades que están en nuestras proyecciones o gustos personales. Nada más lejos de la realidad: conozco a Alberto y sé que escribe sobre una sociedad que aborrece pero a la vez espera que reflexiones sobre qué pasaría si seguimos dirigiéndonos hacia ella siguiendo a pastores con aviesas intenciones.

Si ya has leído otras obras del género, ten por seguro que esta no defraudará, además te sorprenderá gratamente por la profundidad de su personaje principal, algo que no es muy habitual dentro del sector. Por otro lado, si la distopía es algo nuevo para ti como lector, te invito a que conozcas otras grandes obras del género y descubras universos inquietantes pero con la capacidad de potenciar tu espíritu crítico e imaginación. Me atrevería a decirte incluso que algunas novelas te ayudarán a entender mejor el mundo en que vivimos, el mundo real, pues algunos autores han utilizado la libertad que permite la ficción para denunciar los abusos del poder o las intenciones más o menos ocultas de ciertas facciones de la sociedad.

Espero que disfrutéis de la lectura de esta obra tanto como yo, y, si me permitís un último consejo: leedla despacio, en especial las cartas que recibe el personaje.

Víctor M. Valenzuela.

Autor de *Los últimos libres* y *Crónicas de la distopía*

Aunque tú no te lo creas, no hace mucho tiempo que los trabajadores disfrutaban de varios días de descanso cada cierto tiempo. Sabes que nunca has oído hablar de ello, de eso de descansar. Lo que no entiendes es que también existía un libro que te explicaba el significado de las palabras raras. Incluso el de las insulsas. Tampoco intuyes lo que es un libro, ni nunca has visto uno, pero eso ahora no te importa. Lo que te debe impresionar es la primera frase. Te la diré de otro modo: la gente no se pasaba la vida entera atareada.

Eso ahora te parecerá una tontería, pero piensa: el trabajo es importante, tu generación parece que es lo único que sabe, que recita. No lo dudes: antes también lo era. Pero había más cosas que llenaban la boca y el corazón del hombre. Una de ellas eran las vacaciones y los fines de semana. O despertarse un día con la única preocupación de qué vas a descubrir durante el resto de la mañana o de la tarde. Te parecerá una tontería, ¿qué necesidad tenemos de no hacer nada? Te equivocas, aunque te comprendo.

A tu alrededor pocas cosas te impulsan a salirte de tu rutina diaria. Pero imagínate un mundo lleno de posibilidades, de las que te hablaré en otro momento. Te aseguro que compartir tu tiempo para disfrutar de él con los demás es una experiencia grata. Y eso solo se consigue si, de una vez, fueras capaz de entender que no siempre es lunes, aunque ya se te hayan olvidado el resto de los días de la semana, siete soles y siete lunas. Solo lo entenderás si aceptas que el ser humano se ha ganado el derecho a hacer lo que él solo haya decidido.

Únicamente si supieras que el trabajo no hace al hombre, sino que el hombre es el que trabaja. Que la vida no es solo obligación, sino la toma individual, o grupal, de decisiones. O que la felicidad, de nuevo, no se limita a consumir, como te hacen ver todos los días y todas las noches a todas horas. De hecho, la felicidad nunca en la Historia ha sido consumir, sino compartir. Recuerda: compartir. Que es lo mismo que decidir. Lo mismo que madurar. Que vivir.

Ojalá no te rías leyendo esta carta, será un primer paso imprescindible para todo el trabajo que tenemos por delante. Sí, me volverás a leer muy pronto. Hasta ese momento, retoma estas palabras cuantas veces quieras y elige una de

ellas, la que más te guste, la que más te llame la atención. Cuando lo hayas hecho, continúa hasta el siguiente párrafo.

¿Ya? Muy bien: sé que has elegido trabajo. No me parece mal, es lo normal viendo el mundo de hoy. Espero que no te moleste si te aseguro que pronto elegirás otra, otras muchas, antes que esa. Nos vemos. Duerme un poco.

8Lunes29 Noche

Noto algo diferente al despertar. Aún no abro los ojos esperando el milagro que me haga permanecer en la cama durante los años restantes de mi vida. Esa sensación no dura más que un par de segundos y no puedo perder el tiempo. Me acomodo en el borde y saco el brazo derecho en busca del interruptor, lo que casi me hace caer. Me habré levantado en el otro lado de la cama, qué raro. Yo siempre duermo y sueño igual.

Levanto los párpados a causa de la reacción. Lo hago y, mientras sigo viendo borroso, no logro distinguir el lugar en el que me hallo. Los cierro y los abro de nuevo esperando una ilusión óptica, que no es tal. Mi corazón se acelera, mis brazos y mis piernas tiemblan: no estoy en mi casa.

Me había acostado en mi cama. Sí, lo había hecho. A la hora de siempre. Después de la cena de siempre. Tras colocarme el pijama de siempre. Entonces, esto no es posible y quizá sea un sueño. Con la luminosidad de una ventana entreabierta a la noche, busco a tientas un hacedor de luz escondido. Los pelos que me cubren se levantan de su letargo. El estómago da vueltas previniendo su posterior fracaso. Y sigo sin encontrar la luz. Toco, al lado del cabecero de la cama, una pared lisa, sin nada que la sobresalte. De los nervios me caigo al suelo, también liso, sin alfombras. Qué extraño: una cama habitación sin moqueta.

Al intentar levantarme de aquel lugar me estremezco. Grito. En un instante fugaz me recojo y me apoyo en el muro. La saliva cae libre hacia el suelo.

El corazón acelera aún más su ritmo: antes, al incorporarme, había notado unos bultos en el pecho. Unos que no eran míos, por supuesto: ni siquiera los veo encerrados en el tórax del hombre más deforme. Unos de mujer. Unos no excesivamente grandes.

Tras descartar esa sensación intento limpiarme la baba que antes

expulsé. Lo consigo pero me sacudo una vez más, extrañado: la piel de la barbilla es demasiado suave. Es como si me cambiaran, sin previo aviso, la puerta de mi casa.

Temblando, doy al interruptor con la espalda. Noto mis pupilas cambiar de forma, impacientes de poder comprobar con los ojos aquellos demonios que el tacto me había ofrecido. Otro mareo, también presa de la ira, me ciega unos instantes. Todo se aclara y se forma, como cuando el marrón oscuro cubre la lividez de la leche al echar el chocolate.

El blanco eléctrico que cubre la habitación me deja sin aliento: me he levantado en un lugar diferente del que me acosté. Aparte de todo aquello que recuerda mi piel, el dormitorio es algo más grande que el mío. Totalmente cuadrado, con la cama muy cerca de uno de sus vértices. Al otro lado de esta hay una ventana cerrada. Entre medias, un pequeño espacio con una mesilla de noche anticuada, vacía por fuera. Al fondo hay un armario y un escritorio de tamaño desproporcionado, con una tabla que cubre casi todo el lado de aquella zona, exceptuando el ropero. La lámina está apoyada en tres pares de patas de aspecto inestable. Por último, la puerta correspondiente. Y ni un solo espejo, como era normal tras la redada gubernamental perpetrada varios años atrás, todo material que nos rodea desde entonces es totalmente opaco. Aunque son trastos inútiles, por fin les veo un extraño provecho.

Tras ese primer vistazo me siento en la cama y me intento tranquilizar. Cierro los ojos y empiezo a inspirar y expirar como me enseñaron en la instrucción. Mientras lo hago, me recuerdo a mí mismo en ese aula llena de niños haciendo lo mismo. A los nueve años nos enseñaron esta técnica en la clase de estrés laboral.

Ya con el ritmo cardíaco algo más bajo vuelvo a saludar al mundo, a la habitación extraña. Me levanto y me dirijo al armario. Tras un chasquido, no recuerdo oír algo semejante en las decenas de estantes que he tenido en casa, observo lo lógico: un par de decenas de perchas sujetan ropa femenina. En el zapatero inferior veo calzados insólitos: ¡hay botas sin tacón! —fuera de esas cuatro paredes las chicas siempre los llevan—. Tras cerrarlo, me dirijo a la puerta de salida. Al oír otro crujido, un pasillo se abre paso. Al fondo, una portezuela cerrada me deja sin visión.

Asustado, vuelvo a lo conocido, a la habitación. Debe de ser un mal sueño. Tiene que ser un mal sueño, sí. Abro las persianas y sigo sin ver nada. Al menos me he encontrado con algo racional ya que, por la noche, las calles están a oscuras. En el barrio sideral donde estoy pasa como en todos: nadie en su sano juicio sale de sus casas al bajar el sol. ¿A quién se le ocurriría perder las horas de sueño anteriores al trabajo?

Con un instinto desconocido recorro mi cuerpo con mis manos, y noto lo normal en esta alucinación: soy alguien con pechos, caderas y sin pene. Del asco y el miedo que me da, dejo de explorar, sentándome de nuevo en la cama.

Me apoyo en el cabecero y me coloco debajo de las finas sábanas, las cuales se mueven al compás de mi nervio. Aparto las manos de mi cuerpo, cierro los ojos e intento aclarar las ideas. He soñado cada uno de los días de mi vida. No es que los recuerde todos, pero siempre, al despertarme, he logrado evocar lo ocurrido en mi mente. La causa, cómo no, era la pastilla repartida por el gobierno a todos sus ciudadanos, desde el primer hasta el último día de su existencia. Desde el primero hasta el último.

Solo una vez, muy joven, olvidé tomármela, y del espanto que sufrí el día posterior no se me volvió a pasar por la cabeza descuidar mi dosis, el no dormir me supuso un castigo de cuatro días de ayuno.

Mi cuerpo se desliza solo hacia el interior del lecho, y mi mente, no tan estancada, empieza a buscar la racionalidad en aquella ilusión tan horrible.

La mañana anterior en su conjunto había resultado algo agobiante. Cuando fui a trabajar, en el metro, la ensoñación que me implantaron tuvo un matiz que, hasta ese instante, no conocía: justo antes del despertar, una figura femenina cruzó el horizonte de mi sueño en postura nerviosa. ¡Había alguien allí dentro! Lo que podría significar haberle visto me superó, y solo retuve una imagen global.

De nuevo en la cama, con el cuerpo de mujer, me levanto para salir de aquella vieja casa, pero, al cruzar por primera vez el pasillo, noto un mareo insostenible, como si tuviera una bajada de tensión

de proporciones descomunales. Desfallecido, vuelvo a la cama y me doy aire con las manos para pasar el momento. Busco instintivamente en la mesilla de noche algo más consistente para hacerlo. En el primero de sus cajones encuentro lo que parece un sobre, con el que me refresco. Aun así, tampoco es muy recomendable que me levante del camastro.

Cuando dejo el sobre encima de la mesilla, el corazón se me vuelve a parar. Ese rectángulo marrón no es nuevo para mí. Lo había entregado horas antes en una instrucción cercana al trabajo. Mi último paquete del día de hoy estaba a mi lado, desafiándome. A veces es difícil ser repartidor.

Acerco lo encontrado a la luz, deseando alejar el nuevo miedo. Por desgracia, todos los detalles concuerdan. El número postal, el tacto y el volumen, nimio, son los mismos.

Lo abro como puedo para comprobar lo que mi tontería dirigida puede o no puede realizar en mi nuevo no-hombre. Saco un folio cubierto de palabras en negrita. Lo termino de leer en pocos segundos —Aunque tú no te lo creas, no hace mucho tiempo...—, pensando en la bobada de aquellas frases. Aún así, me desconciertan en extremo, dándome la última razón para apagar la luz de aquel cuarto y acostarme. Sé que en un sueño es difícil quedarse dormido pero no me queda otra. Doy las vueltas justas para tranquilizar mi cuerpo, pero las nuevas protuberancias me impiden llegar a ese paraíso.

Entre sujetos y predicados poco estables me voy preparando para un nuevo día. Para un nuevo lunes. Trabajo... Sueño... Nada.

8Lunes30 Día

Las frases vuelven a tomar significado cuando oigo el despertador. Lo hacen corriendo, como si un instructor llamara a filas a su grupo de alumnos. También están un poco desordenadas al principio, con empujones, insultos y lloros. En las filas, en ellas, en los sueños y en la vida, el problema es el mismo: hay piezas que quieren ser las primeras o las últimas siempre, aunque no se lo merezcan, ni ese sea su lugar natural.

Al quinto golpe se detiene el pitido. Yo ya estoy reincorporado en el borde de la cama, con las manos en la cabeza. En ese movimiento recuerdo con cierta exactitud lo vivido en mi último sueño. Mis manos cambian rápido de postura, buscando viejos intrusos en mi cuerpo. Como es normal, no encuentro nada confuso.

Algo que sí me extraña son las ensoñaciones de todos los momentos pasados esta noche: el nuevo dormitorio, los latidos de mi corazón, mi cuerpo de mujer y la carta pedante y absurda. Todo vuelve a mí diferente a otras veces, sin las acciones marcadas por el consumo. Es una experiencia orgánica, directa y lejana al dinero.

Aún sentado, intento quitar de mis pensamientos todo aquello que, en primer lugar, me está haciendo peligrar la hora de entrada a mi trabajo, ya debería estar terminando mi ducha.

Entre agua tibia y jabón, el tiempo también corre sin miramientos, haciéndome perder otros valiosos segundos de entrada a la empresa. Otro absurdo de hoy será correr para llegar al metro, sin duda un buen acompañante a un recién abandonado baño. Pero claro, inconscientemente he estado llevando mis manos a lugares extraños en mi cuerpo, aún con el miedo presente a lo absurdo.

Decido tomar el desayuno menos elaborado posible, que consiste en beber sorbos de leche directamente de su botella. Algo se caducará por esta decisión, pero todo se puede volver a comprar.

Como había previsto, los apenas trescientos metros que separan

mi portal de la entrada al suburbano quedan reducidos a nada, ¿habré llegado en cuarenta segundos? Si alguien inventara carreras de esa distancia no quedaría en mal lugar. Aunque claro, no hay cosa más tonta que correr por correr.

Llego a mi andén con apenas un minuto de adelanto. Una barbaridad. Desde los primeros escalones azules hasta el tumbarse en la cama, como siempre, tengo que terminar un montón de preparativos: firmar el protocolo de venta, no lo pienso mucho y me aseguro la entrada con la compra de un aperitivo barato, coger la pastilla gubernamental y también los accesorios para el sueño.

El metro llega por mi derecha apenas silbando. Siempre me pareció extraño que un edificio móvil de seis plantas no hiciera el más mínimo ruido, sobre todo al pensar en las velocidades que debía de coger entre estación y estación.

Colocado en una de las últimas posiciones de recepción de viajeros, compruebo que mi sitio favorito, situado cerca de la salida de la quinta planta, está libre aún. Me tomo la píldora y me coloco los tapones y la máscara. Al tumbarme presiono el botón rojo que indica que estoy preparado para el sueño. Espero con ansia lo que hoy me puedan ofrecer. Es el mejor momento del día.



31 de diciembre

No fue una buena jornada para ella. Cuando recogió los libros situados en la planta del expurgo, se terminó de convencer de que la idea del gobierno quizás tuviera más sentido del que ella, previamente, le había otorgado.

En su última tarde de trabajo se dedicó a sacar cientos y cientos de volúmenes de aquel piso a la calle. De las obras maestras de la literatura clásica hasta los recetarios de cocina; de las primeras novelas de ciencia ficción hasta algunos poemarios baratos.

Un mes antes había salido a la luz el decreto gubernamen-

tal —firmado por el gobierno central, el autonómico y el municipal— que cerraba indefinidamente todas las bibliotecas públicas. Alegaron motivos meramente económicos.

La reacción ante tal suceso fue bastante tibia en la sociedad, que ya hacía muchos años había dejado de pisar aquellos viejos y fríos edificios. En su biblioteca apenas cinco o seis locos se acercaban al préstamo o a la descarga de las novelas. Era lógico, ya que antes de que ella empezara a trabajar allí se había prohibido la exposición y el alquiler de las novedades editoriales, por lo que entre sus estanterías solo había libros fuera de derechos de autor, o lo que es lo mismo, aquellos que habían sobrevivido setenta años a la muerte de su hacedor.

Para el grueso de su ciudad y de su barrio todo aquel asunto les era indiferente. Esa sensación era contraria en los trabajadores, por supuesto, sobre todo para ella, que no conocía más mundo que el de los libros, ni tenía familia que la ayudara a sobrevivir después de ese día. Los dementes usuarios solo mostraron su indignación los primeros días. Luego, por su propia cuenta, dejaron de visitar a sus libros y a ella.

La administración aprovechó el fin de año para cerrar el contrato con sus ya extintos trabajadores. Qué mejor día. Ella entendía su estrategia: en esos momentos de celebración las penas eran menos penas. Pero ellos también tienen la obligación de aceptar la indignación de personas que no se consideraban, en absoluto, tontas.

Sus compañeros ya habían dejado un par de horas antes su puesto de trabajo sin apenas despedirse, no tenían nada que celebrar. Sin un ápice de sensación de culpabilidad, almacenó todos los libros que sobraban a sus vecinos y los apiló en cajas para llevarlos a su casa. La única solución que encontró a su futura dificultad económica fue recoger todos esos desperdicios para luego venderlos a quien tuviera el valor de ponerles un precio —no sabía si serían librerías, usuarios de Internet o empresas de reciclaje. Quizás ninguno de ellos—. Los ahorros que le había proporcionado su escaso sueldo no iban a durar muchas semanas. Y no quiso pensar en buscar otro trabajo hasta la despedida final de la que era casi su casa.

Se encargó de los últimos preparativos del cierre: apagar la

electricidad y el gas, cerrar el agua, colocar unas pegatinas de desahucio y atrancar la puerta principal con unas cadenas y un candado completamente nuevos que le habían entregado por la mañana. Se paró un instante delante de la ya inútil biblioteca, dejando enfrente el viejo edificio de tres plantas y a su costado la docena de cajas de libros de expurgo que aún tenía que llevar al coche. Nadie se fijó en tan triste escena. Si a las nueve no solía verse ni una sola alma por las calles, mucho menos la noche del treinta y uno de diciembre. Solo el silencio y ella misma darían testimonio de esa despedida. Y su voz, pequeña, no era muy pródiga.

Al volverse vio un parque infantil excluido por el desuso: balancines abiertos por una de sus cuerdas, columpios marrones llenos de óxido, bancos dados la vuelta y un cartel que un día adivinó a traducir como: «No permitida la entrada a mayores de nueve años». Pronto, su lugar de trabajo tendría ese mismo aspecto. «No permitida la entrada a nadie. Váyase».

Llevó las cajas hacia una furgoneta alquilada intentando hacer el menor ruido posible. Su espalda chirriaba, baja de forma, cuando alguna de ellas estaba especialmente llena. En poco más de diez minutos empezó a conducir con el legado a cuestas, olvidándose de fijar su vista por última vez hacia lo que ya era solo recuerdo.

No mucho más tarde, cuando llegó a la puerta de su casa, tuvo que aparcar la furgoneta a varios cientos de metros de ella. Decidió no hacer más esfuerzos aquella noche, llevando al portal solo una pequeña caja llena de pasado y melancolía. No recordó los libros que en ella había, por lo que consideró su interior como un buen regalo de año nuevo. El primero, y fatal, que tuvo en muchos años desde que muriera su padre en el pueblo, lugar donde la familia se reunía para tal celebración. Allí siempre nevaba ese día. Allí siempre hablaban del pasado, felices. Allí, al día siguiente siempre había churros para el que osara levantarse pronto. Así era allí. Así era su pueblo.

Su casa le esperaba lóbrega, en completa oscuridad. Las persianas, que siempre dejaba en su punto más bajo, tampoco ayudaban a la tarea contraria. Entró en el salón para dejar en su mesa el regalo. A un lado de este, una puerta daba al pasillo,

donde, a ambos lados, estaban el baño y las habitaciones, tres en total. Entró en la segunda de ellas, la más grande, para quitarse la ropa y ponerse el pijama. Eran alrededor de las diez de la noche.

Aquel cuarto se le antojaba grande para sus necesidades. La casa, en ese mismo orden de cosas, era un gigante para ella. Y era suya gracias a la herencia de sus padres, ya muertos los dos. Ninguno de sus compañeros de trabajo, ni siquiera cualquiera de sus conocidos, podía permitirse vivir en un lugar así. Sus sueldos apenas lograban pagar los gastos para comer.

Con una buena manta sobre sus hombros, se dirigió a la cocina, útil pero poco espaciosa, a fraguar su cena especial: una tortilla de patatas, que preparaba, exactamente, una vez al año. Aunque no le salía especialmente buena, los viejos recuerdos de ese plato la mantuvieron atareada el resto de las noches del treinta y uno.

Mientras la gente se agobiaba en comprar el marisco o el cordero en las grandes superficies, otra de sus costumbres más queridas y aplaudidas por su nulo público era el ir a comprar a pequeños establecimientos los cuatro huevos y el medio kilo de patatas. El frutero algún año la recordaba como la chica del fin de año. El pollero, donde compraba los huevos, nunca la solía mirar a la cara. Nunca nadie compra cuatro.

Esa noche, algo más tarde que de costumbre, bajó el fuego dos o tres puntos para darle a la tortilla algo más de consistencia y experimento. Así podía sentarse en una de las butacas de la cocina. Era lo que ella quería: tumbarse con su manta y no hacer nada. O lo que es lo mismo, pensar aleatoriamente en las circunstancias que la habían llevado a bajar el fuego ese poquitién. Tiempo perdido, al fin y al cabo. No tiene mucho sentido cavilar sobre lo que ya no tiene solución.

Fue sacando el mantel, el mismo que recordaba de su infancia, los cubiertos, cuchillo y tenedor, el agua, nunca bebía otra cosa, el pan, de molde, y la servilleta, de tela; la tortilla, en un plato más pequeño que su diámetro, quedó para el final, momento en el cual se preparó para comérsela. Se levantó cuando ya tenía los cubiertos en la mano para poner de fondo musical un viejo CD de villancicos.

Cuando ya se sentó, un hilo de desesperanza recorrió el salón. El tiempo pareció pararse mientras daba pequeños bocados a su nueva obra. Ni siquiera el sabor, más conseguido que de costumbre, ayudó a que esa cena llevara absolutamente a ningún lado.

Más allá de las once de la noche, comenzó a recoger lo que acababa de comer. Una tortilla entera para ella sola no le ayudó a realizarlo de la manera más eficiente posible. No estaba acostumbrada a comer otros sabores que los de las ensaladas o el de las frutas.

Al terminar, pasó de nuevo al salón, donde se sentó en el sofá dispuesta a encender la radio para celebrar el nuevo año. Para conmemorar que le quedaba menos de una hora para engrosar la larga lista estatal de desempleados. Se acercó a sus muslos una bolsa que había encima del escritorio con doce gominolas. Las había comprado antes de conocer su despido, por lo que aquel sabor dulce, en ese momento, poco encajaba con su situación —razonablemente más amarga—.

Un anuncio de una marca de bebidas alcohólicas —que ella reconoció como un whisky caro—, no la ayudó a concentrarse. Tenía preparadas las chucherías, de un color cada una, para su inminente ingesta. La melodía dio paso a una algarabía de voces estridentes. Bajó el volumen del aparato tras comprobar que en el resto de emisoras el ruido era aún mayor. Pronto iban a empezar las campanadas.

Sonaron los cuartos. Preparó en sus manos el postre de su última cena.

- 1.
2. Al menos están buenas.
3. Una pequeña sacudida en uno de los dedos de la mano me indica que el sueño está cercano a su fin.
- 4.
5. Aún no se ha quedado atrasada.
6. Las imágenes de la visión empiezan a desvanecerse. Aún no controlo lo que es real y lo que es imaginario.
- 7.
8. Piensa en que le quedan dos suspiros para su caída a los infiernos. Se pone nerviosa.

9. La cuenta atrás de mi despertar, de mi vuelta al trabajo, se confunde con otra de lo más extraña.

10. Se le caen las tres gominolas que le restan. Su cara se prepara para el llanto.

11. Pierde un segundo para recoger del suelo lo desplomado. Se da con el borde de la mesa del salón en la cabeza.

12. Grita. Grito.



El botón rojo que pulsé al principio del viaje parpadea, indicándome que el trayecto ha acabado. Mis vecinos de sueño están ya levantándose de la cama. Algunos de los más cercanos miran hacia mi posición, extrañados por el grito que acaban de oír tras su letargo. Yo aún continúo tumbado, pensando en el sueño más raro que había tenido en toda mi existencia, en el que veía las desventuras de una pobre mujer, de la cual no distinguí ninguno de sus rasgos faciales, ya que la figura apareció durante toda la pesadilla distorsionada, irreal.

Lo que antes pestañeaba me regala de su pequeño amplificador una pequeña alarma de aviso. Nunca la había oído pero sí sabía que, si un viajero se quedaba dormido o quieto en su cama, esa era la primera advertencia. Miro al fondo y me encuentro con la segunda: un guarda de seguridad privada se acerca por el pasillo para avisarme de que ya había llegado a mi parada. Qué vergüenza. Ese acontecimiento se suma al ya de por sí extraño día y me acelera más el corazón. Logro levantarme de la cama antes del alarido del vigilante. Me quedo de pie un segundo y me caigo de un mareo. Mientras las manos del desconocido me intentan levantar, me agazapo de mi nuevo amigo y salgo corriendo directo a las escaleras, que me guían hasta la estación de mi oficina. Me siento en uno de sus bancos, desencajado.

Como hago siempre al llegar pronto al trabajo, puedo entretenerme en ese lugar ahora solitario. Y allí puedo ponerme aún más nervioso dando sentido a lo que no lo tiene. Desde mi primer tra-

yecto en metro a los dieciséis años hacia la empresa de mensajería, los sueños allí vividos tenían una constante común: eran todo lo contrario al que acababa de presenciar. Lo más común es encontrarte a uno mismo en medio de un gran centro comercial, donde las diferentes marcas publicitarias que colaboran con el suburbano y el gobierno te agolpan el pensamiento con su consumo desmesurado. Siempre te enseñan productos ajustados a tus necesidades y a tus gustos, lo que convierte el trayecto en una experiencia maravillosa. Luego, al salir, puedes elegir algunas de las cosas que te han enseñado para llevártelas directamente o para que te las manden en uno o dos días a tu casa.

Como ya firmé al entrar la compra del aperitivo, no tengo margen de elección, ya que no me habían enseñado ningún producto, sino las estúpidas lamentaciones de una débil desempleada. Me levanto tranquilo pensando en la relación entre esa mujer y las posibilidades futuras: ¿serán capaces de realizar un anuncio en varios días para luego enseñarte un producto irresistible? Esa sensación calma mis ánimos mientras pago, cojo lo comprado y subo hacia la luz de una mañana de verano.

El edificio de la empresa de mensajería se encuentra a solo unos pasos de la parada del metro. Su inconfundible color amarillo inunda la calle de su fulgor empresarial; la luz del sol es buena consejera de ello. Al entrar, saco de mi bolsillo la identificación que me permite introducirme tras la garita de seguridad. Saludo al que allí se encuentra, amigo común de algunos leves movimientos craneales. Al lado de otros semi-desconocidos, entro en el ascensor camino del quinto piso, dando la última oportunidad a mi intelecto de reflexionar sobre las bibliotecas, ese lugar tan absurdo que acabo de descubrir.

Salgo apresurado del cubículo y del estupor, saludando a izquierda y derecha. Menos mal que ninguno de ellos responde efusivamente a mis ingenuos movimientos. Lo que nos faltaba eran charlatanes que te contaran su vida sin escrúpulos: yo apenas conocía los nombres de uno o dos de los que allí estaban.

Mi trabajo era simple: unas primeras horas de oficina, papeleos y datos rutinarios para acabar en las últimas, las mejores, de entrega

de sobres y cajas a empresas y particulares por uno de los barrios de Madrid más tradicionales: el Cuarto, y que descubrí no mucho tiempo atrás, entre los papeles de la empresa, que anteriormente se llamaba el de las Letras. Aún desconozco el porqué de esa acepción. Tampoco hay muchas por allí.

Me dirijo sin pausa a mi escritorio. Una pantalla de diecinueve pulgadas se une a un teclado por un soporte metálico en el cual está escondido el ratón. En cincuenta centímetros de mesa apenas entra nada más. Enciendo el ordenador y me encuentro con la tarea de hoy. No cambia mucho respecto a la de los demás días: debo ordenar, administrar y firmar un tanto por ciento bastante elevado de la paquetería que circuló ayer por todo Madrid. Uno, dos y tres; uno, dos y tres. Sencillo.

Tras acabar sin sobresaltos la labor y por el bien de mi puesto de trabajo —que no cambiaría por nada del mundo—, apago el ordenador y dejo todo recogido. Sin dilación me dirijo a la planta baja, la planta de entrega.

—Número de identificación, por favor —me dicen.

—Veintiséis cero nueve —respondo.

Todos los días se repite la misma conversación. Todos los días con el mismo hombre y aproximadamente a la misma hora. En todos y cada uno de los cientos de esos días ninguno de los dos dice más que «número de identificación, por favor» y «veintiséis cero nueve». Ese es otro motivo por el cual me gusta mi empresa. Bien es cierto que no tengo idea alguna de cómo se trabajará en el resto de ellas.

Un par de compañeros desconocidos se sitúan detrás de mí mientras depositan a un lado de la recepción un carro amarillo lleno de papeles y sobres. Lo cojo sin mediar palabra y me dirijo a la salida del edificio, donde un autobús de la empresa espera con el motor encendido a que todos los trabajadores lleguen con sus equipajes para repartir lo entregado a los madrileños.

Recuerdo por un momento los meses que cogí ese autobús para llegar al Cuarto, que no estaba ni siquiera a cinco minutos de la central de la empresa. Un día, sin previo aviso, me aconsejaron, siempre aconsejan, que no volviera a subirme a él debido a la cer-

canía de la zona de reparto. Para ahorrar. Y fue una gran noticia: con ella me escapaba de decenas de conversaciones sin sentido.

Una calle dilatada se cruza ante mí. Un par de carriles para autobuses están separados por una mediana por donde la gente corre de un lado a otro. En un punto cercano de esta se encuentra un banco en el que me suelo sentar al acabar si el tiempo me sobra. A su lado, oculta tras las ramas de un árbol de hoja caduca, una inscripción se camufla de ojos extraños: «Paseo del Prado». Nunca me imaginé una de ellas por aquí, por lo que, desde que la descubrí, la asocié a enajenaciones comunes de épocas pasadas. Incluso, a pesar de eso, ese epígrafe siempre me ha solido llamar la atención. A mí y a ninguno más: años atrás escribí con bolígrafo una fecha y nadie, nunca, la borró.

Un minuto después me encuentro con el comienzo del Cuatro. Dentro de mi carrito, un programa informático coloca todas las cartas en su interior. Por fuera puedo ver la dirección del siguiente reparto y la distancia hasta mi llegada. Con el paso de los meses, la entrega es básicamente rutinaria: siempre son los mismos los que necesitan de mis servicios. El día que ellos falten, obviamente, faltaré yo. Por eso soy puntual y agradecido con ellos.

Las siete u ocho empresas a las que entrego se encuentran bastante esparcidas en el espacio. Al ser un barrio ya viejo, estas son pequeñas y de poca importancia; normalmente se encuentran en pisos que anteriormente eran para uso privado. El Cuatro, además, sube y baja desordenado en pequeñas calles, muchas de ellas de uso peatonal. Nada de grandes avenidas planas y vacías, huérfanas de emociones.

Hoy el trabajo no difiere mucho del de días atrás. El ordenador me avisa del lapso restante para llegar a la oficina. El tiempo libre que consigo, a veces, se debe justo a la forma de las calles del barrio: pequeños atajos y calles vacías incluso de mapa me regalan un minuto sentado a la luz de mi propio aburrimiento. Me da la impresión de que hoy voy a conseguir ese agasajo, no como ayer que, debido a una extraña entrega en una instrucción cercana, me retrasé algo más de la cuenta.

Sorteo escaleras declaradas de peligro público como si fueran

las de mi casa. Saludo y entrego con fórmulas cortas y serviciales. A los de siempre y como siempre. Mi bulto es cada vez más escuálido cuando, tras adjudicar el penúltimo de los sobres, el ordenador señala el edificio de ayer. El de la cesión extraña en el cual la secretaria no dudó en alargar la conversación más de lo necesario. No sé qué interés tendría en hacernos perder de esa manera nuestro tiempo.

Recuerdo el camino realizado cuando, a lo lejos, diviso sus muros sin pintura. Su forma sin alma. Su puerta a la que me dirigí interesado veinticuatro horas antes. Mi cuerpo duda entre hacerme ir más o menos despacio. Más rápido para salir de allí lo más pronto posible. Más de lo contrario para alargar en el tiempo lo que me va a desagradar.

A la que fui de pequeño, en su fachada, se parece en gran medida a esta. Por dentro seguro que no habrá mucha diferencia. Instructores de traje me enseñaron, y enseñan, a leer y a escribir. Me enseñaron, y enseñan, a ser cortés y obediente. Me enseñaron, y enseñan, a ser eficiente. Me enseñaron, y enseñan, a querer al trabajo como a mi madre. Más que a mi madre. A eso me enseñaron, y enseñan.

Me encuentro frente a la puerta principal. Toco el timbre. No oigo nada y lo vuelvo a tocar. Dentro, una respuesta acelerada llama mi atención. La secretaria abre.

—Buenos día, señora. Tengo un paquete para una instructora.

—¡Pero bueno, qué tenemos aquí! ¡Si es el chico encantador de ayer! ¿Qué te trae por aquí, majo?

—Tengo un paquete para una instructora. —Se lo doy, le echa un vistazo y sonrío.

—Vaya suerte tienen algunas, ¿verdad?

—Estoy seguro, señora. Si me disculpa ... —Agacho la cabeza y me preparo para volver a la oficina.

—¡Qué prisa que tienes, majo! ¿No quieres un café?

—Lo siento, señora. Por desgracia no estoy autorizado a ello. Hasta la próxima, pase un buen día.

—¡Hasta la próxima! —le oigo gritar a varias decenas de metros de aquella puerta. Luego cierra la escena dándole un portazo. Me giro instintivamente y, al volver a hacerlo, del susto, doy un traspié. Una chica, a apenas unos centímetros de mi cara, es la causante.

—¿Ya se la has dado? —me pregunta.

—¿Perdone?

—La carta, ¿ya se la has dado?

—¿A aquella mujer? ¿La que grita? —respondo.

—Sí, bueno, da igual, ya se la pediré. —Mientras se excusa la miro. Está en esa etapa de su vida entre la juventud y la adultez. No resalta pero es bella. Al fin y al cabo, es bella. Lo es por sus ojos, grandes. También por su figura, quizás excesivamente delgada—. Deje que le ayude con el bulto, se le ha caído.

—No se preocupe, señorita —dudo. «¿Señorita, señora?»

Aquello a lo que le doy importancia es causa de apenas diez segundos de mi vida. Curioso. Bajo acelerado y a trompicones —el suelo es irregular— por una de las calles más anchas del Cuatro. Llego a la oficina y firmo. Y saludo —apenas—. Salgo. Y me voy. Un día más vuelvo, en metro, a casa. Encontrar mi cama favorita vacía, echarme y despertarme en el gran pasillo blanco, el que me llena de productos y posibilidades, tiende a ser la misma acción. Ojalá lo sea.

AGRADECIMIENTOS

De pequeño tenía pesadillas todos los días, o eso recuerdo y me gusta explicar a los que aún me conocen poco. La de los lunes, la de los martes...

En una caía a un pozo sin fondo (ahora tengo vértigo). En otra me perseguía un elefante volador, nunca me gustó *Dumbo* y de adulto no la he vuelto a ver. En otra una suerte de Freddy Krueger me cazaba y me mataba, adivinad el amor que tenía a esas cintas de vídeo. La peor es toda una historia, en la que me levantaba a pedir ayuda a mis padres para ir al baño y, en vez de encontrarme con ellos, en una habitación de nuestra casa estaban rodando una película. Al poco de volver a la cama, un monstruo llegaba hacia mí y me hacía cosquillas hasta hacerme caer. Por eso mis padres —ya en la realidad— cubrían el borde de la cama con cojines: para evitarme un buen golpe contra el suelo.

En estas páginas hablo de las peores pesadillas con las que nunca me he enfrentado. Por ello, quiero agradecer a todos los que, cuando era pequeño, me cuidaban y me enseñaban a ser feliz. Por lo mismo dedico estas páginas a las personas que, de un modo u otro, conocidas o desconocidas, protegen a los débiles del descalabro social y moral en el que andamos metidos. Estos párrafos son solo un pequeño aliento a su lucha. Larga Vida.

Alberto González Ortiz

Twitter: @albertoalez
Facebook: Alberto-González

Dónde estamos:



www.nowevolution.net



info@nowevolution.net



[@nowevolution](#) / [@artnowe](#)



facebook.com/nowevolutioned



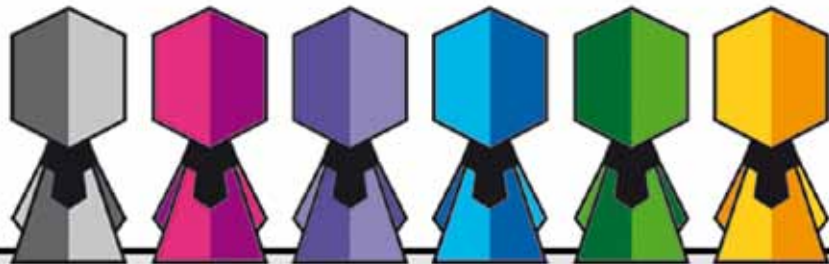
nowevolution.deviantart.com



nowevolution.blogspot.com



es.scribd.com/Nowevolution



.nowevolution.